

30 pizzas por favor

Ricardo Nieto Ramirez



Capítulo 1

30 pizzas por favor...

El teléfono suena, siempre lo hace, siempre en esta pizzería donde tuve la mala suerte de trabajar en el turno nocturno de siete de la noche a 6 de la mañana. ¿iCuando llegara la mañana!? Veo el reloj y el segundero parece burlarse de mí con su lento y burdo movimiento, el sonido del teléfono timbrar es cada vez peor, atravesando mis tímpanos y haciendo vibrar todo mi cuerpo y sustituyendo los latidos de mi corazón con los ahora infernales timbres de aquel aparato ya desconectado; peor aún, ahora veo desde el vidrio reforzado de la puerta aquella una robusta visión, un ser negro tocando con su largo dedo la puerta, sin hacer ruido, solo tocar y observar a la vez que una fila de dientes amarillos se dibuja en lo que creo que es su rostro. La desesperación inunda mi ser a la par que mi sudor enfría y mi piel se esclarece por el miedo, la vibración del teléfono hace su cometido y logra caer el auricular de este. Ante lo poco que queda de mi sano juicio me acerco y con voz temblorosa replico:

-B...¿Bueno?- pronuncie olvidando ya el discurso que se me propino en mi capacitación, hablo sabiendo lo que me dirán del otro lado de la línea, como siempre lo ha hecho desde que sea quien sea decidió poner su atención en este lugar y en mí.

-Treinta pizzas por favor....

¿Cómo inicio esto? ¿Qué designio o juicio que inicia y termina con una frase tan burda que ahora me inunda y me atormenta? ...<<<iSera un trabajo sencillo!>>> me decía a mí mismo <<<iSeguro nadie pedirá nada en este pueblo olvidado!>>> Que tan equivocado estaba. Mi pesar inicio apenas hoy; gracias a las vacaciones y a una insomnio que me invadió en la universidad convirtiéndose en habito de estar despierto como un murciélago en la noche y dormido como un koala en el día, me propuse en obtener un trabajo nocturno, sabía que no sería un vigilante o guardia de seguridad por motivo de mi muy esquelético cuerpo, pero quizás algo de telemarketing o atención al cliente pudiera realizar de manera eficiente; de esa forma me topé con un anuncio en el periódico sobre la apertura de una pizzería nueva de nombre "Pizzas B.B.SH" (pronunciados Bebish) una nueva cadena que tendría una sucursal en mi pueblo, conocidos por abrir las veinte cuatro horas, aunque en el turno nocturno tendrían una política similar a los "Oxxos" donde los objetos se entregaran desde la puerta. Viendo la facilidad del trabajo decidí entrar, ganar algo de dinero,irme y seguir mi vida. Tan solo fue necesaria una llamada y me concedieron una entrevista.

La entrevista fue particularmente curiosa, no hubo nada sobre natural o extraño, el gordo gerente simplemente llevo la entrevista más como una

capacitación, como si yo ya hubiera sido contratado. EL trabajo es sencillo, tomar las llamadas y si superan las diez de la noche esperar a que el cliente llegue, pague, se le entregue por la gran rendija de la puerta y listo.

-A las nueve y media el cocinero se retira, estarás solo, pero estate tranquilo, el dejo muchas pizzas y solo tendrás que calentarlas. Además el velador pasa unas cuatro o cinco veces por noche...Así que estarás bien-dijo el gerente terminando sus instrucciones simples y, bueno, conociendo mi pueblo, sabía que sería sencillo así que acepte, iniciando mañana.

Llego el siguiente día y mi primer día de trabajo, algo nervioso, inicié mis rutinas. Todo normal, recibía llamadas mandaba a los repartidores y mantenía el control de caja; a las nueve y media, preciso como un reloj, el cocinero se fue, cerro con llave y me dejo solo para enfrentar la primera noche. Casi al instante en que se fue, el sonido del timbre telefónico se escuchó, un repique que ahora sin el bullicio de la clientela realizaba un ligeramente molesto eco a través de todo el lugar.

-Pizzas Bebish, buenas noches, ¿Cuál es su orden?- Pregunte.

-Buenas noches... ¿Me puede dar treinta pizzas por favor?- dijo una voz que parecía alcoholizada al otro lado de la línea.

-Ciertamente ¿de que las quiere?-

-¿Me puede dar treinta pizzas por favor?- repitió la voz nuevamente, el timbre de su voz se tornaba cada vez más agudo. Aludiendo a que quizás estaba borracho decidí seguirle su extraña charla.

-Muy bien, ¿A qué dirección las desea?- dije en tono de broma sabiendo que no entregábamos comida ya a estas horas.

-A Yecsu- pronuncie la extraña voz extendiendo la última silaba, reflejándose un extraño desprecio. Terminada esa palabra, la llamada termino de manera súbita, solamente era una curiosa eventualidad hasta que un minuto más tarde el timbre del teléfono se escuchó nuevamente.

- ¿Me puede dar treinta pizzas por favor?-dijo la misma voz, ahora en un tono bizarro, como si su voz subiera y bajara de tono, atrapada en un cambio entre una voz u otra.

- ¿Es esto una broma?- pregunte seguido de varias palabras advirtiéndole de dejar su comportamiento a aquel bizarro hombre al otro lado de la línea; siendo yo ahora quien colgaría el teléfono. Súbitamente, con la rabilla del ojo pude ver una extraña sombra afuera, una rechoncha figura sombría se asomaba, no sé por qué pero el verlo no pensé que fuera un ladrón o un cliente, otra cosa era su naturaleza y extrañas sus

intenciones, solo observando, la imagen mental de tal entidad merodeando más nunca entrando al lugar me llenaba de ansiedad y pánico. Un pánico que solamente fue borrado por el desesperante sonido del repique del teléfono, cuyo vibrar atravesaba mis tímpanos y llegaba directo a mi cerebro, sintiendo como este se movía con aquel desesperante timbre. Tome el teléfono sin saber si estaba aterrado o molesto y no dije nada.

-¿Me puede dar treinta pizzas por favor?- dijo aquella voz con tono cambiante.

-D...¿iDe que se trata esto!?- pregunte gritando, la visión de aquella redonda figura se mostró de nuevo, ahora pegado al vidrio que separaba el establecimiento con el mundo exterior. Tocando con lo que parecían dedos el vidrio, pudiendo sentir el toque en mi propia carne la cual deseaba rehuir ante tal acontecimiento, mis instintos querían correr a la par que combatían ante el raciocinio de mi mente que me decía quedarme quieto y si salía lo que sea que estuviese afuera me atraparía.

-¿Me puede dar treinta pizzas por favor?- dijo de nuevo la extraña voz, sacándome de aquel aterrador trance, colgué el teléfono y casi instantáneamente este volvió a sonar, con mis manos jale el cable con la esperanza de detener aquella prisión de locura en la que ahora me encontraba, arranque el cable con tal fuerza que la pared quedo ligeramente dañada, más para mi pesar el timbre no se detuvo y continuo. Desesperado, escuchando el enloquecedor sonido y viendo ahora aquellos horribles dientes amarillos sonreírme, me quede petrificado.

La mañana llego, el velador me despertó junto al trabajador del siguiente turno de las seis de la mañana, con treinta pizzas congeladas aplastando mi brazo derecho. El preocupado vigilante y el trabajador del siguiente turno me preguntaron qué había pasado, solamente pude balbucear; según el circuito de seguridad solamente enloquecí por la nada mientras el delgado velador tocaba la puerta intentando llamar mi atención.

No sé qué es lo que paso esta horrible noche, pero si se algo, no volveré a trabajar aquí... La paga pueden quedársela.